Un nuevo escenario para una nueva política del agua.

Enrique Cabrera

Se celebra hoy el día mundial del agua. El lema de 2004 "Agua y Desastres" invita a reflexionar sobre las graves consecuencias derivadas de sequías y avenidas, eventos extremos sólo controlables con políticas del agua que apunten al futuro. Y como el futuro se gana con políticas duraderas y de consenso es claro que en un marco falto de fundamentos, estamos perdiendo mucha energía. Consecuencia de no haberse adecuado a la problemática del momento, la política del agua es confusa. El único tímido intento de modernización, la puesta al día de la terminología (cambio de nombre en el ministerio del ramo, - Medio Ambiente otrora Obras Públicas -, referencias al ahorro y al desarrollo sostenible, etc.), ha quedado en un brindis al sol.

La política del agua es, además, singular. Cómo, si no, explicar que en la misma piedra hayan tropezado todos los gobiernos democráticos habidos. Propuso el PSOE un conjunto de trasvases de tal magnitud que la propuesta, por insostenible, cayó por su propio peso antes de llegar al Parlamento. Del intento aprendió el PP a plantearlo con más tino. Con el Libro Blanco del Agua, hoy durmiendo el sueño de los justos, preparó el terreno a un trasvase más moderado, el del Ebro. Justificado técnicamente hasta donde el proyecto lo permitía, esperó la segunda legislatura para, con mayoría absoluta, hacerlo Ley. Pero al ir el trasvase esta vez en serio, su oposición ha marchado al compás. Tanto que en el pulso planteado no era fácil aventurar un ganador, equilibrio de fuerzas recientemente truncado por las reticencias de Bruselas y el sorprendente vuelco electoral.

El trasvase es anhelo centenario de agricultores levantinos. El político con mando en plaza tiene la aspiración,- noble aspiración,..., si exceptuamos tentaciones megalómanas -, de pasar a la posteridad asumiendo retos que quienes le precedieron no alcanzaron. Y si con ello, además, se asume el sentir de la mayoría (garantía de supervivencia política y de ostracismo del adversario) no reparará en esfuerzos. Por ello el PP se opuso al trasvase del PSOE invirtiéndose después los papeles. En el marco del regadío tradicional el bueno es quien defiende el trasvase. Y con un libreto que, preñado de argumentos grandilocuentes, vende bien: "agua para todos, todos ganan y nadie pierde, sed a saciar, solidaridad, vertebración de España, equilibrio entre regiones secas y húmedas o, en fin, aprovechar el agua que se tira al mar". ¿Qué más puede pedir un orador en campaña?

Mucho más compleja es la tarea de justificar, no tanto la oposición al trasvase sino, simplemente, la conveniencia de explorar alternativas al mismo. La importancia de la gestión del agua en el día a día y su uso eficiente es discurso árido. Y aún lo es más si incluye, tal cual lo impone la Directiva Marco del Agua (DMA), que los precios deben subir para alcanzar la sostenibilidad, la letra pequeña, como casi siempre la más importante, de esta historia. Por ello sólo a la oposición le interesa mi discurso. En su día al PP y recientemente, también desde la oposición, al PSOE. No hay duda, la política del agua que el futuro necesita es aún hoy minoritaria. No puede extrañar, pues, que la DMA otorgue tanta relevancia a la educación ambiental y a la participación ciudadana.

Pero en el complejo tablero de esta partida, las cosas cambian con rapidez. Inicialmente el frente trasvasista avanzaba imparable. Se contaba, eso sí, con la oposición de los "cuatro ecologistas de

siempre" porque para las retenciones previstas (Aragón y Tierras del Ebro) se habían acuñado sendas monedas de cambio: el Pacto del Agua y el Plan Integral del Delta. Pero, grave error, no bastó y con la incorporación a la resistencia de un cualificado socio, el tripartito catalán, se dio un salto de calidad. Una firme adhesión que llegó con hechos. Para "dar ejemplo" renunció al agua de Barcelona.

Y para que en esta fascinante partida nada falte, un árbitro excepcional, la Unión Europea. Debiendo valorarlo desde la óptica de su DMA, no es insensible a las inquietudes que tamaña inversión despierta. Y así sorprende que el coste del metro cúbico de agua del trasvase sea el mismo en Castellón que en Almería. Porque ¿valdría este criterio a la hora de tarifar el tren o los peajes de autopistas?. Tampoco se entiende cómo en un mismo entorno se pueda utilizar agua del Ebro, cara y de baja calidad, y agua del Júcar, barata y excelente. Estas y otras cuestiones de calado similar, afloran en los informes negativos de Bruselas. Presionada por ecologistas y recelosa por controlar tan onerosa inversión, la Comisión mira con lupa el proyecto.

Y ya que del Júcar hablamos, la que se puede montar con su trasvase al Vinalopó. Tiene tantas hipotecas pendientes (Castilla -La Mancha, el regadío valenciano, etc.) que se duda quede agua para quienes la esperan en Alicante. Y los celos crecen tanto con el paso del tiempo como con los nuevos obstáculos, tal vez ya insalvables, del trasvase del Ebro, la vía de compensación natural a la detracción del Júcar. Las más de las voces discrepantes, aunque se oyen, han estado controladas. Hasta ahora. Pero el equilibrio es cada vez más inestable y la próxima sequía o, por qué no, el vuelco electoral, pueden precipitar los acontecimientos, evidenciándose una vez más la necesidad de una política del agua de sólidas bases.

La irrupción de nuevos actores debe desbloquear la política hídrica. Quienes propusieron el trasvase no darán su brazo a torcer. Lo escribió Guillem de Castro. Procure siempre acertalla/ el honrado y principal/ pero si la acierta mal/ defendella y no enmendalla. Y tan es así que han habido políticos que han vinculado su suerte al trasvase. Pero, alejados de la primera línea del poder, la memoria flaqueará y donde dije,... Mientras, para avanzar en el buen camino, el nuevo escenario debiera presidirlo claras reglas del juego que primen el ahorro, una cultura de uso y, en fin, la reforma de la administración. No debiera asustarle al político el reto del cambio: una legislatura basta para que una sociedad adulta lo entienda. Pero todo fracasará si las administraciones central y autonómica se enzarzan en discusiones bizantinas. Para acabar con el actual marasmo es menester el caminar acompasado de todos los actores. Sólo así se evitaban errores del pasado y podremos minimizar los riesgos derivados de las sequías y avenidas, la recomendación que en el día mundial del agua nos pide atendamos Naciones Unidas.